

#Ulamadas
al Amor

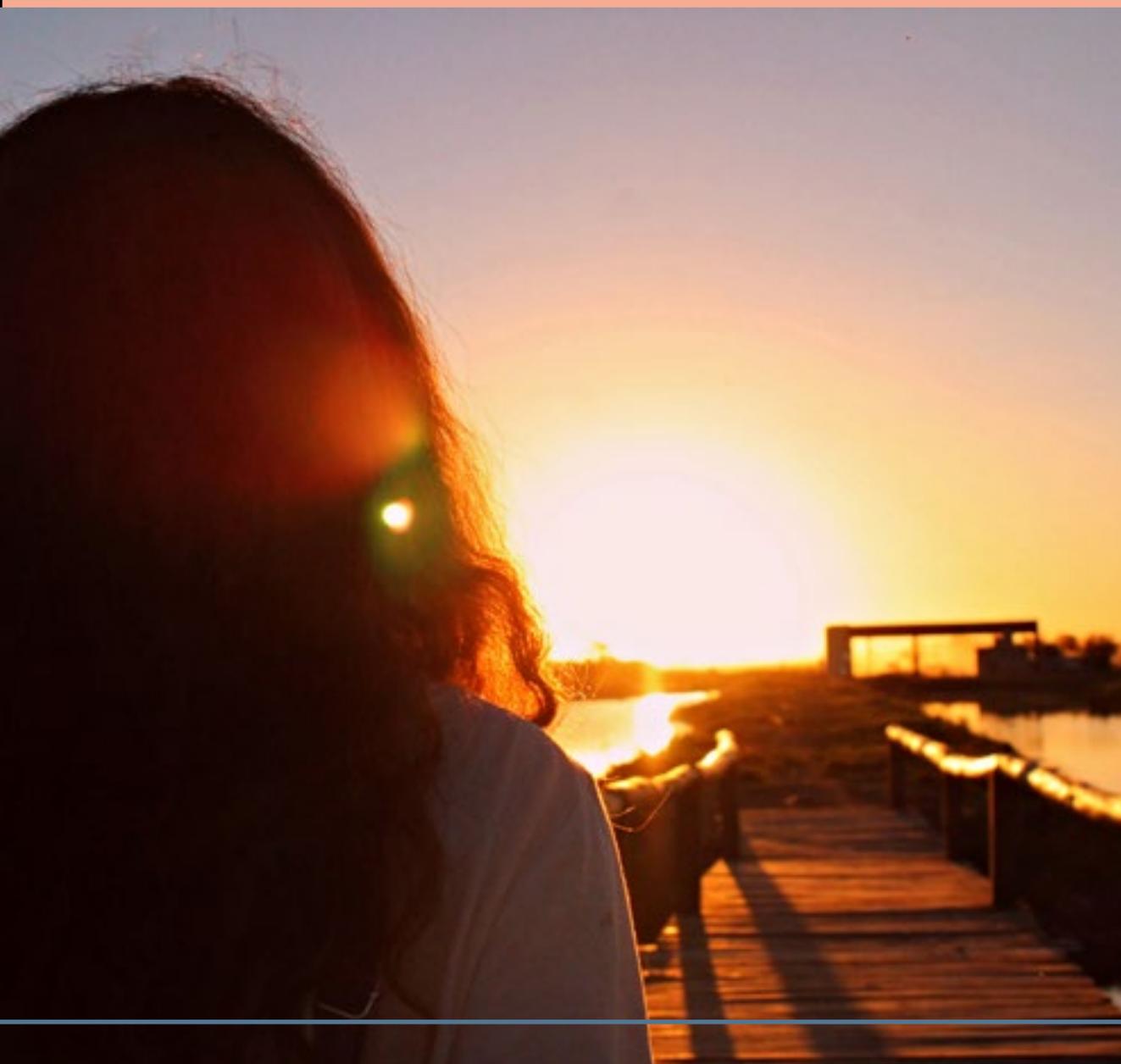


Introducción

¡Hola!

Muchas gracias por descargar nuestro ebook “Llamadas al Amor”. Te consideramos parte de nuestra familia y queremos compartir una recopilación de los artículos más relevantes de nuestra campaña con el mismo nombre del ebook y que lanzamos hace casi dos años, pero que cada día son de gran valor las reflexiones que se presentan porque en ellas la fe desde la vista femenina brinda una nueva forma de ver las vocaciones y la llamada que Dios nos hace a cada uno por medio del bautizo. Este es un pequeño regalo que nace del esfuerzo de las personas que escribieron y del grupo que estamos detrás de Inquietar.

Así que, sin más preámbulos,
¡Ponte cómodo y sigamos con la
lectura!



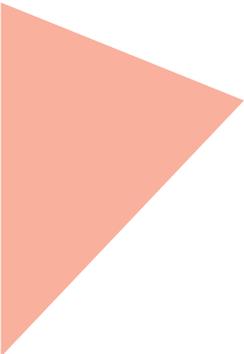


Content



01. Llamadas al Amor
02. Corazón vocacionado
03. Mis dos amados
04. Ahí tienes a tu Madre
05. Declaración de amor
06. Nuestra vocación
07. Madre: Semilla de vocaciones

uido



01. Llamadas al Amor

Toda vocación es una respuesta de amor a Dios que nos amó primero y que nos invita a caminar con él. Es la participación en el amor infinito, que desborda todo límite del pensamiento humano, y nos sumerge en la infinidad del océano, que es el mismo Dios; Aquél que desde el principio de la creación nos ha hecho partícipes de un llamado existencial y nos ha entregado el mundo para que en él, descubramos con gratitud y generosidad, de qué manera podemos responder a este llamado y cómo podemos hacerlo fecundo, para el bien de la creación y de nosotros mismos. Desde este punto de vista, se entiende la vocación como una llamada a amar, por amor y en el Amor.



5

De esta llamada al amor, amando, participa de una manera muy especial la mujer; quien desde el inicio de la historia de la Salvación, ocupa un lugar especial en las páginas de la Sagrada Escritura. Eva, la madre de toda la humanidad, fue creada también a imagen y semejanza de Dios; porque en ella el Padre imprimió la ternura, la dulzura, el amor y todos aquellos sentimientos que solo el corazón de la mujer podían contener y transmitir. Su vocación fue un llamado al amor que se hace fecundo, a la vida que genera vida. Su maternidad fue una respuesta al mandato divino: crezcan y multiplíquense, hagan fecunda la tierra. Su vocación de mujer y madre reflejan el amor creador del Padre.

También María, la nueva Eva, la Madre de la humanidad redimida, la Madre de la Iglesia, fue escogida por Dios para hacerla partícipe de una fascinante historia de amor: ser la Madre de su Hijo Jesucristo. Su vocación, fecundada en el silencio y fortalecida en la escucha intensa de la Palabra y en la fe pura, se convirtió en un Amor encarnado, que trajo al mundo la felicidad verdadera, la salvación y la vida e hizo de Ella, la Bendita entre todas las mujeres. Su sí, como respuesta a la voluntad divina está motivado sólo por su

#Llamadas al Amor



amor a Dios y se constituye en modelo del sí de la Iglesia. Su vocación de mujer consagrada en el modelo de toda vocación cristiana, en sus distintas vocaciones particulares.

Con frecuencia el Papa Francisco ha dicho que la Iglesia es femenina, y tiene razón, la participación de la mujer dentro de ella ha sido y es muy importante. Dice el Papa: El papel de la mujer en la Iglesia no es sólo la maternidad, sino que es más fuerte: es como el icono de la Virgen, Nuestra Señora; ¡aquella que ayuda a crecer a la Iglesia! (...) La Iglesia es femenina: es Iglesia, es esposa, es madre. No se puede entender una Iglesia sin las mujeres, pero mujeres que estén activas en la Iglesia, con sus perfiles, que llevan adelante¹. Qué hermoso es saber que la Iglesia encarna todas las vocaciones a las que puede ser llamado el ser humano. Su amor de mujer y madre; de creyente y discípula, se hace fecundo cuando engendra y da a luz auténticas vocaciones, llamadas a ser en el mundo, reflejo del Amor que todo lo hace.



Llamadas al Amor

En este ebook queremos dedicar también un espacio para meditar en la vocación a la que están llamadas las mujeres dentro de la Iglesia: la vocación cristiana, como fuente de todas las vocaciones específicas. Santa Teresa de Lisieux, deseosa de responder plenamente al llamado que Dios le había hecho en la vida contemplativa, dice: en el corazón de la Iglesia, que es mi madre, yo seré el amor. Sí, en el fondo de una auténtica vocación cristiana está el Amor; el único que es capaz de inspirar todo tipo de amor, en carismas y servicios, que enriquecen la Iglesia y la hacen solícita a las necesidades de la humanidad.

Con el título “Llamadas al Amor”, la pastoral vocacional agustino recoleta quiere reconocer la entrega generosa de tantas mujeres, de ayer y de hoy, que inspiradas en el Carisma agustino recoleta, han seguido a Cristo; en primer lugar, como cristianas comprometidas con la fe del Bautismo; después, como vírgenes consagradas en la contemplación y en la acción, encarnando en su vida y en sus obras, la pasión renovadora de la recolección, haciendo presente a Cristo entre sus hermanas, pero también entre los niños, los jóvenes, los necesitados, los enfermos. También están las madres consagradas al hogar, las mujeres que en lo cotidiano de los quehaceres del día a día, oran por sus hijos y esposos y buscan la unidad de la Familia.

Todas ellas, inspiradas por San Agustín, el gran enamorado de la Verdad, han sentido en sus vidas la llamada del “Amor amante”, que les ha invitado y les invita diariamente a vivir con plenitud su vocación dentro de la Iglesia, como una respuesta de amor que no tiene límites, con un compromiso cotidiano de entrega y de servicio sin esperar nada a cambio, como un desgastarse por el anuncio del Reino; pero sobretodo, como una búsqueda apasionada de aquel Amor, que da sentido a la vida, que llena de auténtica felicidad el corazón y que desborda los deseos de todo aquel que al encontrarlo se siente plenamente amado.

[1] <https://es.catholic.net/op/articulos/52571/cat/245/la-mujer-en-la-iglesia.html#modal>

Juan Pablo Martínez, OAR





02. Corazón vocacionado

La Beata María de San José, Laura Evangelista Alvarado Cardozo, posee desde muy niña un corazón vocacionado, por lo cual se siente profundamente atraída hacia el amor de Jesús Eucaristía y a Él dedica las mejores horas de su vida.

De su mamá y su abuelita paterna conoce el amor de Dios, un amor traducido siempre en hechos concretos de caridad. Desde pequeña, esa relación que posee con Cristo sabe volcarla en el servicio al pobre, porque en ellos ve el mismo rostro de Dios. A los 9 años de edad, funda una escuelita en el solar de su casa y confecciona dulces, tejidos y bordados para adquirir los útiles para sus alumnos, todos mayores que ella. A la par de aquellas primeras letras y números, sus alumnos reciben catequesis, esa dosis del amor de Dios que a ella le penetra profundamente y que lleva vivo y ardiendo en su corazón.



A los 13 años de edad, Laura se consagra, el día de su primera comunión, a Cristo y renuncia a todas esas vanidades a las que ella podía estar atada en aquel momento de su vida. A así va creciendo Laura, como una joven comprometida con el dolor del pobre. Siendo una joven inquieta y al ver tanta precariedad, funda con Monseñor Justo Vicente López Aveledo el primer hospital de Maracay. Allí trabajará 8 años, entregada completamente al servicio de los necesitados. Transcurrido este tiempo, fundará en el año 1901 junto a Monseñor Justo Vicente, la Congregación de las Hermanas Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús.

En esa joven consagrada, sigue habiendo en todo momento, el ánimo y el deseo de servirle a los más pobres y necesitados, es por ello que a través de la congregación, funda 38 obras sociales en favor del más necesitado. En ella se vive plenamente aquél sentir de del carisma agustino recoleto cuando afirma que vamos donde la Iglesia nos necesite. Sentir que siempre alimentó en su amor a la Eucaristía y que le dabas las fuerzas para seguir la voluntad de Dios.

La vida, obra y santidad de la Beata María de San José sigue siendo una invitación hoy a ser santos. También nosotros en el momento actual vivimos muchas situaciones adversas, la pandemia, las dificultades sociales, etc. que nos mueven



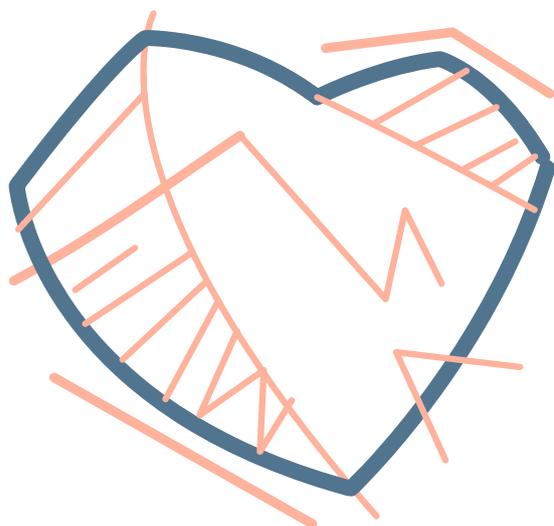
“Gracias, Dios mío, aunque indigna, me has *llamado...*”

como a la Madre María de San José a gastarnos la vida en favor del más necesitado. Ella nos sigue diciendo hoy que podemos dar una respuesta positiva a tanta adversidad. Si ella antes lo hizo, nosotros también podemos hacerlo, porque no dista, en urgencias, las dos realidades que en su momento y el actual, estamos viviendo.

Quizás es momento de descubrir lo que Dios pide para ti, ¿Has pensado alguna vez cuál es la misión por la que has venido a este mundo? ¿Te has planteado como opción de vida la consagración a Dios? La joven Laurita Alvarado, un día también se lo preguntó y supo responder con prontitud afirmativamente. En adelante llevó una vida y una obra titánica de mujer enamorada y feliz. Y es, desde esa alegría, que ella puede responder con compromisos concretos y acciones fehacientes ante la necesidad de sus hermanos.

Ella vivió en su momento histórico con profundidad, con valentía y de una forma aguerrida, sin miedo, enfrentando las dificultades del día a día. Tú hoy también, ante las dificultades de este siglo XXI, puedes darle una respuesta generosa al Señor. La Beata María de San José te guía con su ejemplo y con su segura intercesión.

su testimonio nos invita a olvidarnos de nosotros mismos, a vivir en la humildad, en la sencillez, en la celebración de nuestra fe en la eucaristía y a servir al Señor quien es nuestro dueño para así ser completamente felices



Y aunque amaba al Señor con locura y le servía con amor en los pobres y necesitados, su alma se mantenía continuamente anhelando estar con él en el cielo; no como huida de los compromisos terrenales, sino para mejor poseerle y amarle en la eternidad. Hoy día, a 25 años de su beatificación, la Madre María de San José nos enseña que las cosas de este mundo son pasajeras, nos enseña a dar el valor justo a las cosas que

pertenecen a este plano y dar también el valor justo a los bienes espirituales que nos esperan en el cielo.

Ella hace vida a las Bienaventuranzas del Evangelio, y con su testimonio nos invita a olvidarnos de nosotros mismos, a vivir en la humildad, en la sencillez, en la celebración de nuestra fe en la eucaristía y a servir al Señor quien es nuestro dueño para así ser completamente felices, no haciendo lo que nos gusta, lo que planificamos o lo que pensamos, sino cumpliendo con alegría y entusiasmo el querer de Dios en nuestras vidas.



Hna. Graciela Molina, ARCJ

11





MARÍA DE SAN JOSÉ ALVARADO



La Iglesia es femenina:
es Iglesia, es esposa, es madre. No se puede entender una Iglesia sin las mujeres, pero mujeres que estén activas en la Iglesia, con sus perfiles, que lleven adelante.

Papa Francisco



03. Mis dos amores

Todo llamado es una historia de amor, y toda historia de amor es un camino. Mi dichosa historia inició en la universidad. Ese primer contacto con Jesús me impulsó a animarme e involucrarme. De antes, tenía poco interés en la Iglesia y en la espiritualidad, por cosas de la vida (o ahora las llamaría “Diosidencias”) participé en grupo de oración en la que tuve una intensa experiencia de escuchar la voz de Dios. Poco a poco, una semilla empezó a germinar en mi vida y junto a ella el deseo de servir. Inicié cantando misas y horas santas, y en grupos juveniles donde pude saborear la experiencia de misión en Semana Santa, que fue muy significativa para mí.

Me fui adentrando más en mi querida Iglesia y sorbiendo de sus carismas. En mi corazón hubo una frase de santa Teresita de Lisieux que me interpeló mucho: “En el corazón de la Iglesia, que es mi madre, yo seré el amor”. Y ahí, entre mis locuras e ilusiones, algo en mi interior me movió y sentí que todo aquello que tenía hasta ahora, no bastaba. Señor, ¿qué hacer con mi vida? Era tan solo una universitaria como cualquiera, pero quería algo más...

15

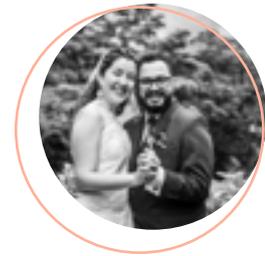
Con un corazón inquieto, empecé a buscar más cada día. Me pregunté tantas veces cuál sería mi vocación y cómo podía servirle desde la iglesia pues toda mujer se encuentra llamada a “ejercitar sus propios «dones»: en primer lugar, el don de su misma dignidad personal, mediante la palabra y el testimonio de vida; y después los dones relacionados con su vocación femenina.” (Christifideles Laici, 51) Y, justamente, ese era mi deseo, hallar ese sitio de entrega y donación.

Entonces surgió una interrogante muy importante “¿Y por qué no me consagro al Señor?” En medio de luces y sombras (pues toda decisión es un acto de fe), ingresé un tiempo a una congregación, y me di la oportunidad de experimentar ese camino. Lo disfruté muchísimo, y creo que lo viví al máximo en esos seis dichosos meses. Al culminar ese tiempo, regresé a casa. Era hora de un discernimiento, y no cualquiera, ¡el mío! En una verdadera interioridad, pude discernir adecuadamente: ese no era el ideal que Dios tenía pensado para mí. Me cuestioné en ese momento algo más. En la vida femenina, ¿habrá alguna vocación que tenga igual dignidad que la vida religiosa? Pues sí. Hallé una vocación igual de digna y maravillosa, que en algún momento llegué a desestimar: el matrimonio, y a través de esta opción, soy llamada a mi

vocación primaria: la santidad, por medio de la alegría.

Una de mis mayores inspiradoras ha sido la beata Concepción Cabrera quien dijo en su autobiografía: "A mí nunca me inquietó el noviazgo, en el sentido de que me impidiera ser menos de Dios. Se me hacía tan fácil juntar las dos cosas. Al acostarme, ya cuando estaba sola, pensaba en Pancho [su novio] y después en la Eucaristía, que era mi delicia." Y creo que coincido fuertemente con esta mística mexicana pues, ahorita que estoy pronta a casarme, sé y siento con creces cómo puedo entregar mi corazón a mi futuro esposo, y a la vez ser la discípula amada de Jesús, quien me amó primero y se entregó por mí. Un amor está contenido en el otro Amor, y esto ¡me llena de ilusión! He encontrado finalmente la vocación que me realiza y me llena de plenitud, teniendo la plena certeza de que "la mujer no puede encontrarse a sí misma si no es dando amor a los demás." (cfr. *Mulieris Dignitatem*, 30)

Jazmín Sofía Quirós



04. Ahí tienes a tu Madre

Los tres amores vocacionales

Ser llamado significa ser amado. La vocación más grande que ha recibido el hombre es la vida bienaventurada, el destino universal a ser feliz en santidad. Pero no se puede ser feliz ni santo, sin pasar por la experiencia auténtica del amor, sin tocar el corazón de Dios en el corazón del otro que también me pertenece.

La tradición bíblica reconoce a san Juan como el discípulo amado, aquél que pudo armonizar la elección de Dios con una obediencia filial, sin otra condición que entregarse con amor al Amor, reclinando la cabeza sobre el pecho del Maestro. Jesús, en un acto de donación incondicional, ofrece su amor más preciado, para que en adelante los discípulos custodien su fe y su vocación con la compañía y el afecto que sólo puede venir de una madre: María.

17

El testamento de Jesús al discípulo amado es la unión indisoluble con María, cuando en el momento de la muerte en la cruz, la entrega como madre: "Ahí tienes a tu madre". Estas palabras resuenan en el corazón de cada creyente, y sostienen la llamada que Dios nos ha hecho para seguir al Maestro e implicarnos en todo con Él hasta el final. Desde aquel instante, la Madre de Dios es también nuestra Madre.

Tres amores definen el camino del discípulo amado. Ignorarlos es cerrarnos en auto-contemplación narcisista, vivir a espaldas del proyecto de amor de Dios, invadirnos del miedo que nos paraliza y no nos permite amar ni ser amados. Acoger estos amores es vivir desde dentro con la convicción de ser elegidos incondicionalmente por Dios, permanecer en actitud de comunión interior, integrando lo que somos y acogiendo el abrazo misericordioso que sana nuestras heridas.

"El amor de una madre
es fuente de la
esperanza
ante las dificultades de la vida"

Amor a la cruz

“Junto a la cruz de Jesús...” Jn 19,25

El primer amor vocacional es el amor a la cruz. Es decir, a lo que realmente somos, a nuestro yo profundo herido, a lo que nos duele y nos quita la paz. Amar la cruz es amar a Cristo, es reconocer nuestra pobreza desde su riqueza, entendernos desde el sufrimiento o la soledad del calvario, en donde Dios redime aun aquello que nos parece más frustrante y difícil.

El corazón herido de María también acoge a todo el que quiera mirar la cruz de Cristo y abrazarla, ella los ama como los amaba Jesús. La misma mujer que vio a Jesús crecer, aquella que en las bodas de Caná fue testigo de las maravillas de Dios en el mundo, es la misma que mantiene encendida la llama de la fe en la resurrección de su hijo y mueve al discípulo amado, para que en él, todos acojan con afecto la esperanza de la salvación.

En circunstancias difíciles para seguir al Maestro, ante la experiencia del abandono o la persecución, Jesús nos confía a aquella que fue la primera en creer, y cuya fe no decaería jamás (Cf. Homilía de SS Francisco, 1 de enero de 2014). Por eso, no podemos rendirnos ante el miedo que provoca el calvario de nuestra vocación, donde también Jesús pone a nuestro lado a su propia madre. Mirar la cruz es vivir la hora del amor traspasado con María, seguir a Jesucristo con una confianza que no defrauda jamás.

Amor a la madre

“Ahí tienes a tu madre” Jn 19,27

A María y al discípulo amado, Jesús no quiere dejarlos solos, por eso les pide que se acompañen y cuiden en pertenencia mutua: “él es tu hijo... ella es tu madre”. Jesús hace de los suyos una familia que tiene un mismo Padre, un Padre celestial que hace partícipe de su vida a todos, y una misma madre, la madre de Jesús, a quien le entrega el cuidado de sus discípulos. A ellos por su parte, les corresponde recibirla como propia madre, siguiendo el modelo del discípulo amado.

Nuestra vocación será fecunda si está modelada sobre la maternidad de María. Es una maternidad que nos da pertenencia, la seguridad de tener un lugar, un regazo, un mismo amor. Fuera del amor de María sólo podemos estar al peligro de amores infecundos, carentes de significado, amores dependientes y esclavizados. En cambio, el

amor de madre provoca confianza, nos da el ser y la vida, nos ofrece identidad, nos hace saber que somos amados y dignos de amor. El amor de madre nos hace fuertes y nos lleva a experimentar la ternura del afecto que requiere la llamada de Dios.

El discípulo que acoge a María en su casa, la lleva a su familia y a su corazón. Como toda madre, María comprende nuestra fragilidad humana, sin muchas palabras sabe descifrar nuestros interrogantes y temores, descubre nuestras angustias y pacientemente espera que volvamos a ella para abrazarnos con confianza. Por eso, si tienes miedo en tu vocación, ahí tienes a tu Madre; si dudas de saberte llamado, ahí tienes a tu Madre; si parece que se acaban las fuerzas para seguir adelante, ahí tienes a tu Madre.

Amor al discípulo

“Ahí tienes a tu hijo”. Jn 19,26

El discípulo amado no sólo será testigo de la resurrección, sino aquel elegido por el Maestro para ser hijo adoptivo de María. Ella lo recibe guardándolo en su corazón, sosteniéndolo con amor de Madre, amor divino que engendra esperanza y confianza. La fidelidad de María coincide con la fidelidad del discípulo amado, que contrasta con la infidelidad de quienes llenos de miedo huyeron y dejaron solo al Señor.

Por la fe renacemos a la condición de hijos en el Hijo, hermanos de Él porque asumió nuestra carne y habitó entre nosotros por obra del Espíritu Santo. El amor de María es el mismo amor de Cristo que garantiza una pertenencia con el discípulo amado, que vive de un amor indisoluble que no se destruye jamás. Es así que el discípulo amado somos cada uno de nosotros, y la unión con María es garantía del amor de Cristo que nos ofrece una medicina de inmortalidad para ser discípulos, apóstoles y testigos hasta el final. Sólo podrá perseverar en su vocación aquel que persevera en el amor de María.

En definitiva, como discípulos tenemos un puesto privilegiado en el corazón de la Madre de Dios. Una confianza afectiva con ella, nos hará descubrir la pasión de Cristo por la humanidad y en



consecuencia, se despertará nuestro anhelo de entrega incondicional. Por ello, nuestra vocación comienza abrazando como María al discípulo amado que somos cada uno, que llevamos dentro, es la certeza del amor maternal de Dios en el corazón del hombre.

Finalmente, la vocación del discípulo amado llega a su culmen cuando comienza a dar vida, cuando no teme perderse a sí mismo por encontrar a otros para Dios, cuando ordena sus deseos y vive con libertad interior como lo hizo María. Este amor vocacional se hace tan fuerte que no teme implicarse afectivamente porque sólo desea recostar su cabeza en el pecho del Maestro, acogiendo al discípulo que tenemos al lado, que también es amado de Cristo y de María, pero que sufre en su interior cuando lleva la cruz del dolor y de la oscuridad. Caminar con él es recordarle que también es llamado, que ahí tiene a su Madre.



Héctor Calderón, OAR

*Ser llamado
significa ser amado*

05. Declaración de amor

La vocación contemplativa es la respuesta a una llamada, pero no a un llamamiento cualquiera, sino a un reclamo de Dios. Las contemplativas somos mujeres que hemos sido “tocadas” por el Amor, y hemos sido llamadas para entregar totalmente la vida con amor al Amor.

Hemos escuchado fuertemente esa llamada en el corazón, como un aldabonazo que transformó por entero nuestras vidas y toda nuestra existencia, y que fue capaz de abrir un latido nuevo en el corazón a ese Amor que nos cautivó en el momento de la llamada, pero que perdura aunque haya pasado el tiempo y que se va forjando a través de los vaivenes de la vida, haciéndose cada vez más robusto, más fuerte, más enérgico, más grande, siempre más... sencillamente porque Él nos amó primero, nos primereó, como dice el Papa Francisco, nos llamó personalmente, sentimos su amor preferencial por cada una de nosotras y creímos con decisión que debíamos dejarlo todo por Él y para siempre. En nuestro caso como agustinas recoletas y al modo de san Agustín: “ por amor de tu amor hago todas las cosas” (Conf 2, 1).

21

La vida contemplativa es una confesión de amor al Amor, un amor que es y se siente libre y comprometido con los designios de Dios para ella misma y para el mundo, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la Verdad (1Tm2,4).

Esta vocación está llamada al desafío de vivir una existencia paradójica; ¿cómo puede explicarse eso de consagrarse a Dios de por vida para orar por los demás?, ¿cómo puede ser fecunda una vida que se desarrolla en un recinto concreto?, ¿qué significado puede tener una entrega en esas condiciones?; esta vocación también tiene mucho de misión paradójica, amar a todos los hombres, en el Amor y darles vida con nuestra propia entrega. Una entrega total e incondicional, indivisa, que se siente ofrecida hasta las últimas consecuencias, hasta el espacio donde vivir, el monasterio.

La vida contemplativa es una llamada especial a vivir junto al Señor para ofrendarle todo de forma silenciosa en la sencillez de cada jornada. Vida oblativa en libertad y alegría, en fraternidad y formación, en trabajo y silencio. Porque libremente hemos respondido a esta llamada del corazón, alegres, sin complejos, sin miedo a equivocarnos, sin lugar a dudas, junto con una comunidad de hermanas que unidas

buscan vivir con un solo corazón y una sola alma en Dios.

Haber escuchado su llamada y haber respondido a ella sin vacilaciones es la cosa más maravillosa que nos ha podido suceder, es el regalo más grande, el tesoro que hemos descubierto en nuestro campo y que por él hemos sabido venderlo todo no sólo una vez, sino muchas.

Y... seguiremos aprendiendo a vender las baratijas que se nos ofrecen en el camino, porque sabemos que Dios es el tesoro escondido que toda contemplativa está llamada a descubrir, para hacerlo llegar a sus hermanos los hombres. Como esa luz entre las manos que alumbra, calienta y quiere propagarse porque sabe que el aceite, el motor le viene de Otro; en silencio, sin llamar la atención, pero hundiendo sus raíces en el corazón de Dios donde le habla allí, muy cerca, muy bajito de todos sus hermanos.

¡Atrévete, ven y verás, aquí hay hueco para ti, descúbrela!, la vida contemplativa te fascinará.

Hna. Alicia Correa, OAR



06. Nuestra vocación

Existe un espacio único y sagrado en todo ser humano que no conoce de distinciones entre culturas, edades, estratos sociales u otra situación similar, un espacio vital que engendra fortaleza y voluntad insospechadas, que saca a la luz la verdadera y profunda identidad del ser humano, que hace florecer relaciones basadas en el “nosotros” y no en el “yo solitario”, que moviliza sueños, esperanzas, actitudes que hermanan a través de la lógica, la gran lógica de amor... existe un espacio vital en todo ser humano que da sentido a los riesgos asumidos en libertad y muchas veces no exentos de miedo, un espacio vital que da sentido al vivir para servir, un espacio que convoca para que los sueños sean más que sueños y gesten la historia, un espacio que sabe que *“no se comienza a ser cristiano (o Religiosas Misioneras Agustinas Recoletas) por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”*.

23

Sí, existe un espacio único y sagrado también en ti y en mí que en este momento interactuamos por medio de las presentes letras y párrafos. Ahí está, silencioso, expectante, deseoso de que sea escuchado; ahí está, ahí está tu corazón, mi corazón, nuestros corazones; y ahí está también Dios Padre y Madre esperando, amando sin previo requisito, anhelante de encontrarse con cada ser humano pues en tal encuentro, Dios – el ser humano – en el corazón, todo es invadido de sentido, todo, ya que la lógica, la gran lógica del amor no conoce de límites ni cálculos programáticos.


*El Corazón de nuestra
Vocación*

Así pues, alto y claro podemos gritar todos los seres humanos y con filial cariño, quienes compartimos el carisma Agustino Recoleta que es ahí, adentro, profundo donde habita la verdad, donde se caen las corazas, donde la bondad y la misericordia acontecen sin medida, donde el ser humano se abraza con el profundo sentido de existencia; ya lo decía San Agustín: *“No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad; y si hallares que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo”*.²



Tal experiencia, la del encuentro entre Dios – el ser humano – en el corazón vivida y conjugada en femenino, sin duda alguna ha representado siempre – ya desde aquellas mujeres llamadas y convocadas en el desarrollo de la historia de salvación del pueblo de Israel – una fuente de vida y frescor para toda la humanidad, para toda la comunidad eclesial, y también para nuestra Orden Agustino Recoleta. Recientemente, el Papa Francisco aludiendo a la actitud de María Magdalena y la otra María en la mañana de la Resurrección, marcada por las dudas, sufrimiento, perplejidad y miedo, hablaba de *“aquel típico, insustituible y bendito genio femenino”*³ que por amor al Maestro, fueron capaces de ponerse en movimiento y no dejarse paralizar por lo que estaba aconteciendo, asumiendo la vida como venía, sorteando astutamente los obstáculos para estar cerca de su Señor.

Muchas, muchísimas mujeres amadas en el amor entrañable de Dios han vivido y siguen viviendo éste bendito genio femenino, saliendo de sí para en lo poco o mucho, en lo notorio o silencioso, sus vidas fuesen canal de la ternura, cercanía, misericordia, maternidad de Dios, etc., para todos sus hijos, de manera más específica para sus hijos – y nuestros hermanos – orillados en su vulnerabilidad y en la exclusión; María, Madre consoladora, ingeniosa en el amor y en el permanecer fiel a su vocación, viviendo desde el corazón toda la realidad, sigue animando en primera fila a cada una de nosotras, mujeres discípulas de su hijo Jesús hoy.

De modo que éste es el corazón de nuestra vocación de hermanas Misioneras Agustinas Recoletas. Éste es el sentido y la confirmación de nuestra razón de existir como familia congregacional en el carisma Agustino Recoleta al servicio de la humanidad, de la Iglesia, en disponibilidad de servicio y entrega de la vida, fruto del amor recibido previamente, viviendo desde el encuentro con Dios en el corazón, como instrumentos femeninos del:

ANUNCIO DE JESÚS EN EL MUNDO: Conjugando palabras y obras en el amor, cada una de las hermanas MAR vivimos para anunciar la Buena Noticia misericordiosa de Jesús para cada hombre, niño, joven, adulto, anciano, sin priorizar razas ni culturas, uniéndonos a la acción evangelizadora de toda la comunidad eclesial en el mundo.

ANUNCIO DE LA FRATERNIDAD EVANGÉLICA: Ahondando cada día en el don precioso y desafiante de vivir y servir a Jesús en comunidad, cada una de nosotras como aprendices de Aquél que amó hasta el extremo, nos disponemos a testificar, hoy más que nunca, el sueño de Dios de vivir y hacer posible la fraternidad evangélica, viviendo el proceso de conversión para amar, mirar y sentir con el hermano



orillado, con el menos relevante el amor de Dios.

ANUNCIO DEL DON DE VIVIR EN DIOS: Caminando como peregrinas, hermanadas con la humanidad y entre nosotras, cada una de las hermanas MAR anunciamos con palabras y obras la belleza y don gratuito de vivir en Dios cada día, en continua conversión, en actitud de escucha y obediencia a la voluntad de su Maestro, en el encuentro regenerador de oración, ahí, ahí, en el espacio único y sagrado de todo ser humano donde habita Dios Padre y Madre, siempre esperando, siempre amando sin previo requisito, siempre enviándonos al mundo entero: ¡Id por todo el mundo proclamando la Buena Noticia!

Viviendo pues, en el corazón de nuestra vocación, nosotras tus hermanas Misioneras Agustinas Recoletas agradecemos a Dios el don de tu vida y oramos para que juntos anunciemos la bondad de Dios para con toda la humanidad.

1 BENEDICTO XVI, Carta encíclica Deus Caritas Est 1,2. Roma 2002

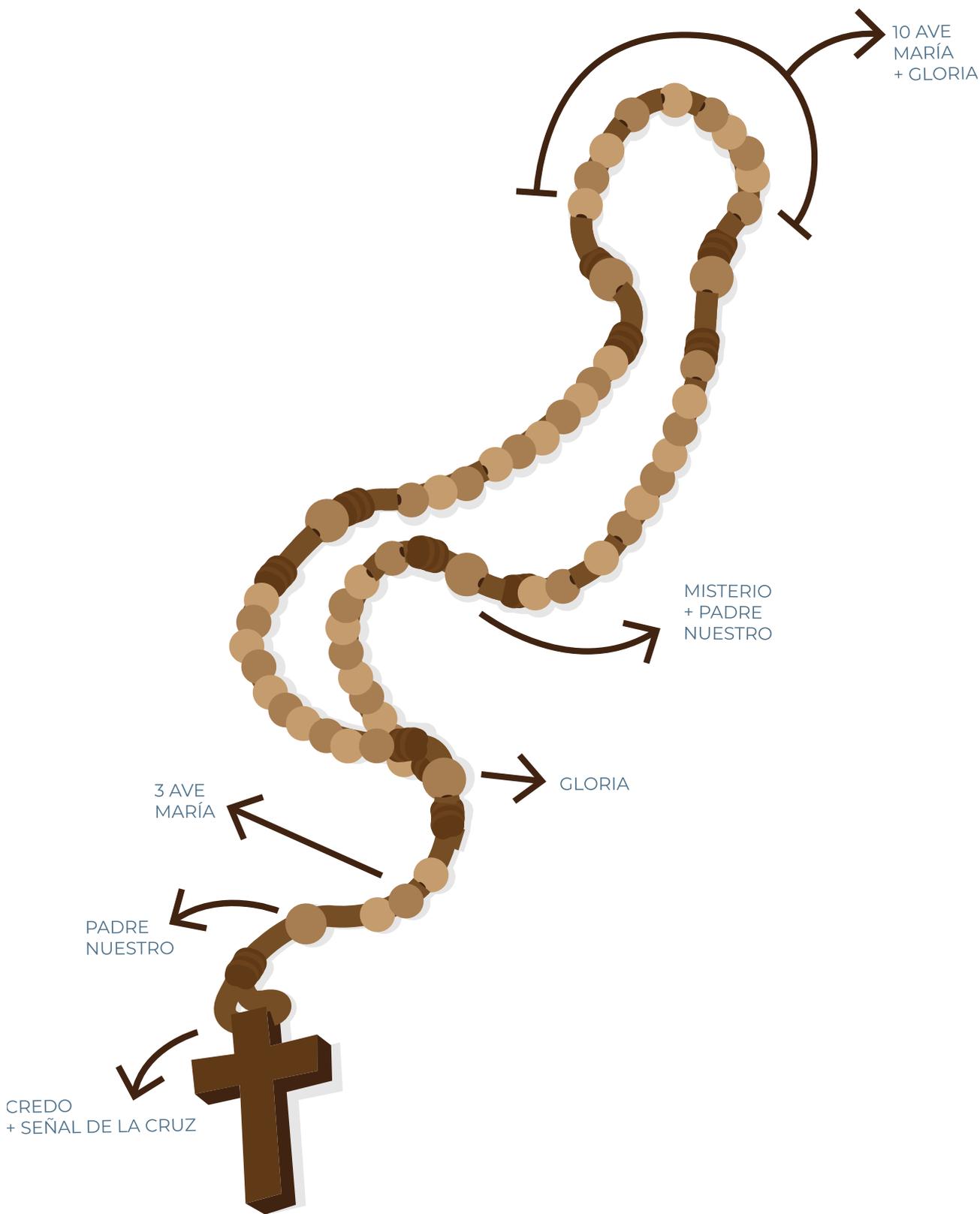
2 SAN AGUSTIN, De la verdadera religión 72, Editorial BAC. Madrid 1956

3 FRANCISCO I, Un plan para resucitar, una meditación en la Pascua del Coronavirus. Revista digital Vida Nueva. Roma 2020

Brenda Ovalle, MAR



CÓMO REZAR EL ROSARIO





07. Madre: Semilla de vocaciones

Estas fueron las palabras cuando María dijo “sí” al llamado de Dios, si estas palabras se hacen propias en el momento en que una mujer se entera de su embarazo, la maternidad se convierte en una vocación a Dios.

Soy madre de un niño llamado Agustín, llevo casi 8 años viviendo de forma plena la maternidad y en esta vivencia he ido descubriendo cómo esta es un llamado a servir a Dios.

Tengo la certeza que Dios me eligió para esto, antes de nacer mi hijo tuve algunas experiencias que, visto desde de la fe, signos que despertaron en mí más que un deseo que yo realmente quería vivir, algo que me marcó fue el nacimiento de mi primer sobrina, cuando la tuve en mis brazos por primera vez, vi en sus ojos un brillo especial y supe que quería ser madre, no en ese momento pero sí más adelante, también tuve experiencias en las cuales me cuestioné este llamado, incluso discernir si era lo que en verdad quería. Ello me llevó a comprender la maternidad como un llamado que trasciende incluso lo humano y te ayuda a percibir, en cierto grado, el amor incondicional de Dios hacía nosotros, sus hijos.

27

Así he ido viviendo el ser madre, ese espacio tan cotidiano llega a ofrecer experiencias que me han ayudado a crecer y darle a la vida un nuevo sentido. Hablar de esa relación madre e hijo como un milagro de vida enfocándose solamente en el momento de parto es quedarse cortos, el milagro se vive día a día, porque el estar ahí en el desarrollo de mi hijo me ha enseñado que todo eso representa la vida: amor, servicio, entrega, crecimiento, sufrimiento, cansancio, límites, etc.

En ese ámbito que se considera doméstico he aprendido que también ahí se es Iglesia, las vivencias y sobre todo ese vínculo tan cercano me dan la oportunidad de formar mi hijo con principios cristianos, a que conozca la Palabra de Dios, las enseñanzas de Jesucristo y de conocer y poner en práctica valores que dignifican a todo ser humano con la ventaja de que es cada día, pero al final ese es el sentido de la vocación, el estar ahí en esos momentos e incluso en los momentos en que las cosas no sean tan fáciles, porque ser madre es sinónimo de un amor tan grande e incondicional que va de la mano con la perseverancia. En mi caso, he visto ese ejemplo en Santa Mónica,





madre de un hijo de tantas lágrimas, que tal vez no tengamos la vivencia tal cual, de ella con San Agustín, pero pienso que para cada madre sus hijos también serán hijos de lágrimas cuando se enferman, cuando no hacen caso, cuando las decisiones que tomen no sean correctas o hasta en esos momentos en que una madre no esté con su hijo presente, pero a la distancia se preocupa por él.

Para mí ella vivió su vocación de forma entregada, con amor, con fe y perseverando, ella siempre confió en Dios, a pesar que su hijo Agustín muchas veces se alejó del camino e incluso fue desafiante; a pesar de todo, ella estableció una relación con Dios inquebrantable: “ya un poco más alegre con la esperanza que tenía, pero no menos solícita en sus lágrimas y gemidos, no cesaba de llorar por mí en tu presencia en todas las horas de sus oraciones” (Conf 3,20).

¿Cómo podría resumir la experiencia de maternidad como vocación? Entrega a Dios, tanto de mi vida, como la vida de mi hijo, porque en cada momento, en cada gesto de Agustín y en lo que aprendemos, ahí veo la presencia de Dios, y si Él se manifiesta en mi vida y en la vida de mi hijo, yo le entrego cada vivencia que tengo como madre. En esta vocación, que elegí confiada y en la que he aprendido a poner mi fe, sé que de alguna forma estoy sembrando una semilla vocacional en mi hijo que en un futuro discernirá sobre su vocación y cómo quiere darse a Dios y a los demás, al final ser madre es una vocación que vista desde la fe es semilla para las otras vocaciones.

Vocación de fe, entrega y amor, elegir como María diciendo: “hágase en mí” para que se dé el más grande de todos los milagros: el milagro de la vida.

Catalina Berrocal



Cierre

¡Felicidades! Has llegado el final de nuestro ebook. Espero que haya sido un viaje provechoso y de gran enriquecimiento personal y espiritual.

¿Con qué enseñanzas te quedas?

¿Qué frase más que ha gustado?

Deseamos que este material haya sido de gran ayuda para tu búsqueda personal de Dios y de tu vocación, si aún estas en ese proceso.

Solo queremos recordarte que no dejes que la ganancia recibida se deposite en tu celular o computadora, sino que puedas ser embajador(a) para otros jóvenes como tú que, peregrinos en el camino de la vida, buscan material de valor.

¡Ánimo!

Y recuerda ¡déjate inquietar!

